

DE PROFUNDIS

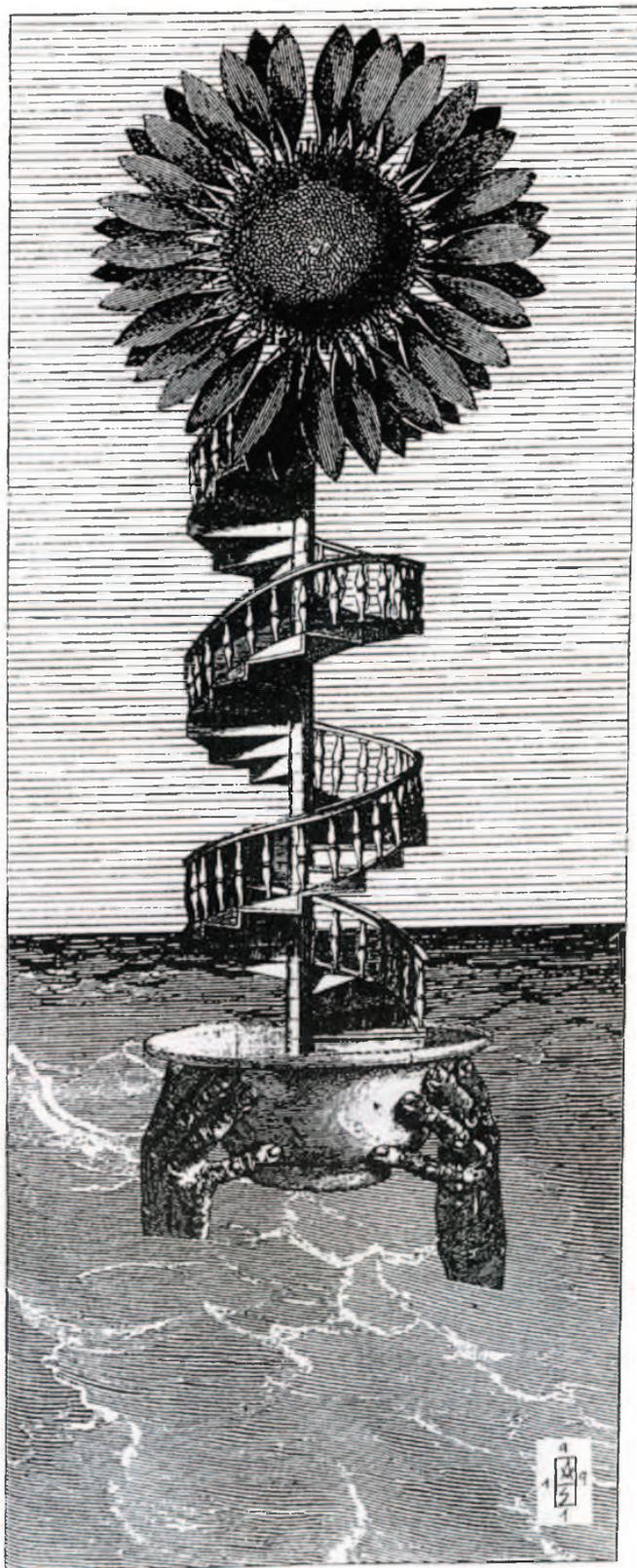
Mertxe Carneiro Bello

Por los que se inician, a veces por aventuras, a veces por amargura, en el laberinto de la droga.

Por los que se acaban devorados por el monstruo.

Por todos, *de profundis*, esperanza,

aunque ellos sólo respiren soledad.



Volvió de madrugada. Extraordinariamente cansado, enfermo hasta el paroxismo, anhelaba el momento de refugiarse en su cuarto y, no obstante, aún se tomó el tiempo de adoptar las precauciones de siempre para evitar el menor crujido delator. Entró, pues, furtivamente, midiendo las paredes con los hombros e intentando que sus pies gravitaran con levedad sobre la madera. Sabía que aquel rito doméstico no era sino una más de las muchas incongruencias que venía cometiendo desde hacía meses, pero era incapaz de sustraerse. De ignotos rincones del subconsciente algo le instaba a contribuir y a compensar; a pagar por toda la desolación que había acarreado a las almas de la casa, almas que nunca dormían hasta que él lo hiciera y, aún así, sólo se permitían un duermevela nervioso y alerta.

Ya en la habitación el lecho fue refugio de su dolorida humanidad y, poco a poco, se fue haciendo la quietud en su cabeza. El magma de sus pensamientos pareció decrecer y se apagaron gradualmente también aquellas vocecillas incisivas que desde hacía horas los ponían en solfa por los cuatro rincones de su ser.

Tirano enloquecido hasta entonces, su cerebro se reponía y desde el puente de la cordura volvía a ser el avezado capitán que conduce la nave con mano firme. Recogía impresiones, las analizaba, y devolvía acto seguido precisas e imperativas órdenes de reposo que su cuerpo obedecía con alivio y prontitud; al cabo, sus músculos se habían aflojado, se deshacían, se tornaban aire que en el aire se desvanecía. Una sensación de bienestar, tan perfecta como inesperada, le embargaba mientras flotaba gozoso en la penumbra de dos mundos contrapuestos. En aquella antesala que precede a la inconsciencia del sueño tuvo tiempo para recrear en su remansada cabeza imágenes de otras horas más dichosas. Se vio de nuevo niño entre otros niños, reidor y travieso, gozar de la existencia plenamente. Risueños fantasmas asomaban a sus ojos desbordando su retina y le dejaban, en los repliegues del alma, rastro de agrídulces sensaciones.

Euforia sentimental sobrevenida al borde de los sueños que le ofrecía un arco iris de colores, sabores y sonidos. El se internaba confiado por sus cromáticos senderos al encuentro de escenas del pasado por donde pululaban, en abigarrada amalgama, personajes de ayer y de hoy. Fue feliz. Todo lo feliz que se siente un creador de criaturas ilusorias y breves.

De pronto, la moviola de su cerebro hizo un ruido extraño y se detuvo. Volvió la noche, pizarra misteriosa en que un duende comenzó a escribir complicados guarismos de soledad. Se sumió en un vértigo de vacíos que se multiplicaban, que ahuecaban su espíritu para dejarlo finalmente a merced de un enemigo brutal que él reconocía pero que no osaba nombrar. El amanecer quedó

plagado de funestos augurios que se cernieron sobre su cabeza como un areópago acechador de rendiciones. No pudo más. Sus límites habían sido ampliamente rebasados y así, en un instante, determinó poner fin a aquella muerte que llevaba a hombros desde hacía tanto tiempo. Sus manos se hundieron con precipitación en los bolsillos y escarbaron hasta hallar lo que buscaban.

Temblaba. Temblaba a causa y a pesar de la firmeza de su decisión.

Con los sentidos cubiertos de celajes espesos y revueltos en tormentosa desazón, notaba que su cabeza se tornaba recipiente del universo entero; y éste, en caótica ebullición, creciendo y menguando, muriendo y resucitando en cada instante. Hubo un momento en que se vio asaltado por miríadas de recuerdos; ni siquiera eso, de fragmentos de recuerdos que arribaban incontenibles de las regiones del pasado para estrellarse contra los acantilados de su cada vez más impasible memoria.

Temblaba. Temblaba sobre todo porque sus manos esperaban impacientes.

Sólo duró un instante. Ni siquiera sintió el menor roce en su piel, tantos y tan arraigados eran en ella los surcos de la desesperación. Luego se durmió como se duerme un río en los recodos, blandamente, hasta que llegan los cuernos de las corrientes y embisten de nuevo las aguas distraídas. Fugaz reposo, fugaz silencio; él prosiguió en su agitado viaje por un cauce de sollozante discurrir rumbo a la oscuridad. Por sus arterias — cauces estos clamorosos - nadaban en zigzag los peces de la amargura.

Soñó. Tuvo multitud de sueños. Todos breves, todos de bruma lechosa, todos de superficie. Todos encadenados inexorablemente hasta llegar al postrero que fue la antítesis de sus predecesores.

Soñó que el invierno había vuelto. Pero lo intuía diferente esta vez. Como imbricado - lo mismo que los sueños - en otros inviernos más terribles, dispuestos a lamerle con sus anchas lenguas de escarcha. Y como los sueños tienen además de discurso un escenario, él se encontró inmerso en la inhóspita fisonomía de un parque olvidado. Se experimentó errática sombra por las sombras, en inacabables avenidas cubiertas de una hojarasca inquieta y murmurante. Se sabía distanciado, como piedra fastial, de su cuerpo; *alter ego* dolorido que asumía progresiva, avasalladoramente las funciones del otro cada vez más desmadejador, cada vez más quieto.

Y orbitaba su espíritu vigilante, en torno a la carne desmoronada.

“Desde lo más profundo, te invoco, oh *Esperanza*.

Escucha, *Esperanza*, mi voz; estén tus oídos atentos a la voz de mi plegaria”

Icaro extraviado, atrapado en un laberinto de nieblas y resonancias, aún tanteaba la salida; aún luchaba desalado y huérfano por la libertad. Pero la lid era mansa; sólo de intenciones, porque no tenía brazos que armar ni padre que le ayudara. De vez en cuando, irrelevantes amagos de ira le hacían remontarse brevemente en vano intento de evasión, pero enseguida venía a rebotar en el infranqueable encaje de madera y follaje que los árboles recortaban contra un cielo remoto, oxidado. El viento, rehén también y sobre todo, de aquel sórdido arabesco se vengaba zarandeando su entramado con helados e insidiosos dedos.

Todo el paisaje rebosaba de lamentos huracanados, henchíase de gritos.

“Si tienes en cuenta los pecados, oh *Esperanza*, *Esperanza*, ¿quién te resistirá? Pero en Ti está la misericordia, para tu mayor servicio”

Mientras, en las reseca planicies de su ser, el acre sabor de la desolación abría grietas abismales por donde se le despeñaban, inexorablemente, las ideas. Maldijo queda y quebradamente al padre ausente, presa definitiva del Desaliento y del Miedo, dos eficaces e insobornables esbirros del Minotauro.

Oyó, distante, el latido de una campana llamando a Sol. Pero ya sabía que nunca podría remontar aquellos parajes.

“Espero en *Ella*, mi espíritu espera en su palabra. Mi alma siente ansias por la *Esperanza* más que el centinela por la aurora”

Estridentes bramidos se desataban tras su esencia vagabunda y, al cabo, se dio cuenta de que tenía muy cercanos ya los hocicos del insaciable hijo de Pasifae. En un último y frágil intento por liberarse, mendigó refugio en la espúrea vegetación más, lejos de ser albergado, sufrió un rechazo de latigazos que le rasgaron la piel del alma embargándola de incontenibles regueros de parda tristeza.

Sangre de espíritu. Sentimiento que estalla, se licua y se derrama para siempre sin posibilidad de regeneración.

“Pon, Israel, tu esperanza en *Ella*, porque en la *Esperanza* está la misericordia y de *Ella* viene el generoso rescate. Ella es quien redimirá a Israel de todas sus iniquidades”

Y la Esperanza entreabrió su densa verja de sombra, le hizo un guiño compasivo y él entró por fin para vivir, u olvidar definitivamente. Detrás, sobre la cama, quedó tendida su juventud, envenenada por el pico de metal, todavía babeante, de un pájaro cilíndrico y turbio.

